

Elecciones 2008: rendimientos políticos y electorales

JULIÁN SANTAMARÍA

LA VANGUARDIA, 16.03.08

Esta vez no hubo sorpresas. Los resultados se ajustaron a las previsiones. Y lo hicieron casi al pie de la letra, lo que habíamos en estas páginas: que la tasa de participación no distaría mucho de la del 2004, que Zapatero volvería a ganar las elecciones por un estrecho margen de alrededor de cuatro puntos y que la tendencia a la concentración del voto en torno a los dos partidos principales se acentuaría en detrimento de los pequeños, de los cuales sólo CiU parecía resistir.

Es verdad que el margen que separaba a PSOE y PP dejaba entreabierta la posibilidad de una sorpresa, pero también lo es que, pese a todo, los sondeos mantuvieron hasta el final un pronóstico favorable al Gobierno en línea con lo que ocurrió.

Es, en todo caso, un buen resultado. Primero, porque pone fin a cualquier discusión sobre la legitimidad del Gobierno. Segundo, porque concede a Zapatero lo que había pedido, una mayoría más amplia para centrar su programa de gobierno y gobernar sin hipotecas. Tercero, porque en una sociedad como la española, dividida políticamente en dos mitades casi iguales, no hubiera sido bueno para nadie una mayoría absoluta. Es bueno para esa parte de Europa que sigue con admiración el liderazgo de la "España zapatera", como la llamó Sartori, en políticas sociales y ampliación de los derechos de ciudadanía.

Y para la comunidad exterior en la que esa misma España defiende contra viento y marea la legalidad internacional.

Por supuesto, los resultados admiten muchas lecturas. Pero lo más significativo de estas elecciones ha sido el extraordinario avance del PSOE en el País Vasco y Catalunya y el avance, igualmente importante, del PP en Madrid, La Mancha, Valencia y Murcia. No se trata de minusvalorar los cambios que se han producido en otras regiones que, lógicamente, han de tener cabida en un análisis más detallado. Ni de ignorar el desplome de IU, debido tanto a sus conflictos internos como al injusto castigo a que la somete el sistema electoral. Se trata, en un primer análisis, de contrastar el rendimiento político y electoral de dos estrategias tan distintas como las que propiciaron los dos partidos principales.

La del PP se ha basado en la deslegitimación de la política antiterrorista y territorial del Gobierno, y en la explotación del victimismo por sus gobiernos autonómicos siguiendo el modelo de los nacionalismos clásicos atribuyéndose todos los éxitos, aunque se debieran al Gobierno de la nación, y achacando a este todos sus fracasos, aunque fueran de su exclusiva responsabilidad. Sin duda, esto último ha rendido al PP sus frutos electorales en la España mesetaria y en buena parte de la cuenca mediterránea, obsesionada con el trasvase del Ebro, y es quizá el precio que ha tenido que pagar el PSOE por su incapacidad para explicar algunas de sus políticas y la dificultad de algunos de sus dirigentes regionales para contrarrestar el discurso del agua.

Como contrapartida, el PSOE no sólo ha obtenido una victoria histórica en Catalunya y el País Vasco sino que la ha alcanzado derrotando

claramente a las formaciones soberanistas en ambos territorios. El hostigamiento a que las sometió el Partido Popular entre el 2000 y el 2004 contribuyó a reforzar de forma extraordinaria a los nacionalistas más radicales en el País Vasco y Catalunya, como atestiguan el éxito del PNV en las elecciones autonómicas del 2001 y el crecimiento de ERC en las municipales y autonómicas del 2003 y en las generales del 2004. Y a la inversa, ahora los elementos más extremos de ambas formaciones se han visto desautorizados en las urnas. Donde deben serlo.

Esos son los rendimientos políticos, al margen de los puramente electorales, de dos estrategias contrapuestas. Zapatero ha pagado un precio electoral muy alto por su actitud dialogante cediendo al PP el doble de los votos que ha recibido de él. El Gobierno ha compensado ese saldo negativo atrayendo votantes de todas las demás formaciones, de nuevos electores y sumando a muchos de esos centristas, escorados a la izquierda, que sólo a veces votan. Zapatero ha sido siempre consciente de que podría pagar ese coste, lo ha asumido y ha ganado. En España se podrá gobernar con o sin el apoyo de los partidos nacionalistas, pero no contra Catalunya y el País Vasco ni ignorando su existencia y su peculiaridad.

Y esa es, creo, la principal lección de estos comicios. Catalunya y el País Vasco se han levantado frente a la catalanofobia y la vascofobia promovidas por el PP cualesquiera que hayan sido los beneficios electorales obtenidos por ese partido en otros lugares, otorgando al PSC y al PSE victorias históricas en sus respectivos territorios.

El Gobierno deberá meditar cómo ordenar sus prioridades y cómo explicar lo que hace día tras día sin esperar a la próxima campaña

electoral si no quiere ceder más terreno en la España profunda. La oposición habrá de preguntarse si sus rendimientos electorales compensan los costes políticos y si podrá gobernar alguna vez reavivando conflictos artificiales o contribuyendo a desactivar tensiones.

Cuando la concentración del voto en torno a PSOE y PP consagra el bipartidismo de facto, urge que el PP defina seriamente en su próximo congreso cuál es su idea de España, de la inmigración, de las instituciones y si dará preferencia a la lucha contra el terrorismo, apoyando al Gobierno, o seguirá utilizándola para desgastarlo. Cuentan las personas, pero, sobre todo, la prioridad que se dé a la lealtad constitucional o al aventurerismo electoralista que ha prevalecido en la última legislatura.

JULIÁN SANTAMARÍA OSSORIO, catedrático de Ciencia Política de la UCM
y presidente del Instituto Noxa Consulting